

La Patria

SUPLEMENTO LITERARIO

Director, ARMANDO SOLANO

Redactor, ROBERTO LIEVANO

Domingo, mayo 28 de 1916

Bogotá, (Colombia) Carrera 6ª, Número 305.—Apartado 986—Teléfono 580

Serie XXIV—Números 949 y 950



Album del P. Almansa

Pocos habrá que se hallen en mejor situación que yo para apreciar y agradecer las virtudes del sacerdote a quien todos llamamos con el dulce nombre de Padre Almansa, pues él es uno de los medios que la Providencia se ha servido depararme para guiarme y consolarme en los días más oscuros de mi vida. En su larga carrera parece que él hubiera escogido por norma y por divisa las bienaventuranzas en que nuestro Salvador compendió en el Evangelio las divinas razones y las dichosas consecuencias de las virtudes cristianas. Quiera Dios dilatar todavía la placida existencia de este maestro de la humildad y de la mansedumbre, de este predicador silencioso del Sermón de la Montaña.

MARCO FIDEL SUÁREZ

Beatus ille....

¡Feliz el hombre que al voluble engaño
de lo mortal su corazón no apega,
y cruza el mundo cual viandante extraño,
y entre las iras del turbión sosiega!

¡Feliz aquel que sin tumulto allega
caudal no expuesto a fraude, o mengua, o daño
y en cada impulso de su pecho agrega
a su escala hacia Dios nuevo peldaño!

¡Feliz quien lauros y esplendor desama,
y, recogiendo a soledad su vida,
compra la paz a precio de la fama;

y, con mente del siglo desasida,
sabe decir, cuando su Dios lo llama:
¡—Héme, Señor, dispuesto a la partida!

JOSÉ JOAQUÍN CASAS

Eres como un arroyo que canta en la llanura fértil y cuyas aguas sosiegan al hombre sitibundo. Una indefinible sensación de frescura producen tus palabras porque en ellas viene como condensada la brisa de las regiones angélicas.

En medio de las perfidias de mundo, de las pequeñas que acibaran la existencia, del diario luchar por un pan que muchas veces requiere una levadura de lágrimas, tú pasas como un consolador, como un inmenso apóstol de elo cuento humildad, como un cristiano antiguo de ojos que ven visiones y de manos que se multiplican en la caricia para extinguir el dolor que pervierte y el dolor que mata.

Desde tu morada sencilla y colonial, refugio de todas las virtudes que los cuatro espíritus malignos de que habla el novelista cristiano han hecho emigrar de otros altares, como las han hecho emigrar de muchos corazones las pasiones del mundo, tú puedes observar con mansedumbre la ciudad que te ama y puedes recibir, con esa placidez que heredaste a tu padre de Asís, a todos los que han menester de consuelos y de luces en la incertidumbre.

Tu apostolado no es de frases sino de ejemplos. Frente a tí es como mejor se comprende que el lenguaje no sirve sino para disfrazar los pensamientos. En tu silencio dices más cosas que el órgano en el coro, las campanas en la torre y el sacerdote en el púlpito. Emanaciones purísimas parecen desprenderse de tu ser para visitar el corazón y la mente de los que se te acercan. Tú cautivas sin ningún recurso, sujetas almas sin cadena alguna, haces temblar el vicio

y el error sin anatemas, y traes a los ojos de los hombres la visión de las cosas metafísicas, sin necesidad de buscar en ciencias oscuras y trabajosas argumentos sutiles.

Tú eres un pedazo del Bogotá inmortal que conoció la paz espiritual, la bondad caballerosa y la pulcritud de maneras. En tu espíritu está simbolizado lo mejor de lo que esta ciudad arcaica y española ha visto crecer dentro de sus ideales muros. En tu presencia siente uno que revive el recuerdo ancestral de un Bogotá vetusto y que florece la esperanza de un Bogotá nuevo. Eres el Bogotá de hoy, el de ayer y el de siempre. Aquí no puede faltar jamás, ni aun en épocas que la imaginación puede agrandar para hacerlas la cumbre del progreso, el rincón discreto y tibio que nos recuerde los orígenes de la ciudad querida y regocije con todo su poder de evocación a los ojos futuros.

Y tu serás para esos hombres del porvenir, para esos ojos que se abrirán más tarde, el recuerdo amadísimo de lo que se fue extinguiendo, la visión retrospectiva del pasado que manda, la condensación cristalina de cuanto un día pudo ofrecerse a Dios como tributo de la virtud de una raza. Tú, tan modesto en tu vida, tan ignorante de tí mismo, tan esquivo a cuanto pudiera parecer consagración de la fama, vivirás más que todos los que buscan triunfos y luchan por obtener que su nombre no se acabe.

Por ocultos caminos el Señor te ha llevado a ser el primer apóstol de cuantos a la hora actual dicen la verdad cristiana a los hijos de Colombia. A nadie has desechado ni a nadie has negado la absolución de sus culpas. Cuantos se te han acercado y han podido sentir la magia de tu influjo se han vuelto mejores. A todos iluminas. Ante tu santidad se prosterna el que conoce el fervor y se descubre el increíble. Hay ocasiones cuando estás diciendo las cosas más ingenuas, en que uno no debiera escucharte sino de rodillas.

Tu manto pobre, casi deshecho, ha dado más calor a los que tiemblan que las pieles de armiño. Bajo él han cabido tantos dolores y tantos remordimientos como hilos entraron en su trama. Quienes por él fueron cubiertos se sintieron, al salir, transfigurados. Habían oído, apoyados contra tu pecho, las palpitaciones de un corazón inmenso, y habían comprendido que el Señor, oculto en tí, abría, en su misericordia, los brazos para perdonarlos.

Vive muchos años, hombre de bien, que has hecho florecer rosas bajo tus pies de santo! ¡Vive para deleite nuestro, para gloria de tu religión y para que esta patria, tan necesitada de benevolencia, tenga objetiva explicación de lo que es un cristiano. Las generaciones futuras habrán de envidiarnos el haberte conocido, y los hijos de nuestros hijos, al pedir por nosotros, cuando ya descansemos en la tumba, habrán de buscarte con los ojos en el cielo, para que ante el Ser Supremo lleves sus preces como intermedio diario!

L. E. NIETO CABALLERO

Cuando llego a la iglesita
donde elevas tus plegarias,
y las cuentas del rosario
por tus dedos se desgranán,
mi alma llena de unas cosas
siempre tristes, siempre extrañas,
se hace leve, se hace pura,
se hace dulce, se hace casta,
se hace lumbre, se hace incienso,
se hace aroma, se hace blanca.

LUIS MARÍA MORA

Más de una vez, pensando en las fiestas que se preparan para celebrar las bodas de oro sacerdotales del Reverendo Padre Rafael Almansa, me he preguntado: ¿qué pensará de todo esto el mismo Padre Almansa? Mientras el doctor Carrasquilla prepara el sermón y Gómez Restrepo el discurso, Acebedo Bernal el retrato, Diego Uribe la poesía, y mientras Santiago Grajales lo ve y lo dirige todo para que no falte nada, ¿qué estará el Padre pensando sobre estas cosas? ¿Y qué impresión, qué huella habrán de dejar en su alma? Y pronto me he contestado: él contemplará todas esas cosas como si no las viera ni las oyera, y como si con ellas se estuviera honrando a persona para él desconocida; él pasará a través de todo esto como lo vi yo mismo atravesar, hace veinte años, algunas capitales europeas, viendo lo bueno, ignorando lo malo, sin dejar que el polvo que invade la atmósfera oscurezca la transparencia de su alma; él, en estas fiestas y después de ellas, seguirá andando por el mundo sin tocarlo, puesto en alto el corazón, tomando "la flor de las cosas sin clavarse las espigas"; y seguirá mostrándonos a todos, grandes y chicos, ricos y pobres, de qué manera se cumple la más bella y sentida, la más dulce y tierna de las enseñanzas del Señor: "Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón".

HERNANDO HOLGUÍN Y CARO

En el ara

Trémulo el viejo cura, el copón de oro
tomó, con reverencia, del Sagrario;
alzóse la espiral del incensario
y un himno excelso resonó en el coro.

Cesó el murmullo místico y sonoro
que entonaba un salterio funerario,
y ofrendaron al Mártir del Calvario:
las almas, preces; las pupilas, lloro.

Luégo siguió un silencio misterioso;
inclinóse el anciano tembloroso,
y cuando al cielo alzó las manos puras,

apareciendo el sol de la mañana,
bañó de resplandores dos blancuras:
la hostia divina y la cabeza cana.

JOSÉ EUSTASIO RIVERA

Confiteor Deo

Cuando por esas calles tu familiar silueta
como un símbolo pasa, desandar imagino
de mis ya muertos años el borroso camino
y niño a tí de nuevo tornar íoh, viejo asceta!

Que mi frente, al amparo de penumbra discreta,
entre los burdos pliegues de tu sayal indino,
para decir confuso y a media voz, sin tino,
la infantil travesura, la candorosa treta.

Y el milagroso alivio sentir de tu consuelo
en aquel recatado rincón de sacristía,
donde al conjuro fácil de un eficaz vocablo

traías a mi alma su ya perdido cielo,
y en un girón de incienso mi ingenuidad fingía
la silenciosa fuga de tu vencido, el Diablo

E. GONZÁLEZ CAMARGO

San Diego

La recoleta de San Francisco, fundada en 1606, con el nombre de *San Diego*, es un terreno llamado *La Burburata*, casa de recreo de don Antonio Maldonado de Mendoza, situada al norte de la ciudad, y comprada por los frailes con tal objeto, es el edificio que conserva mejor en Bogotá al carácter monástico de pasados siglos, que contrasta con la elegancia y simetría de las construcciones modernas que lo rodean. Fray Luis de Mejorada, Provincial de franciscanos en 1606, compró por \$ 1,100 el terreno llamado *La Burburata* y las casas que en él estaban construídas, para fundar recoleta de la Orden Franciscana, lo que llevó a efecto en 1607, cuando no se había concluído la iglesia de San Diego, anexa al convento. Sirve el edificio de fondo al *Parque del Centenario*, de estilo europeo, semejando un castillo feudal de la Edad Media, formado por paredones de piedra que se quiebran en múltiples ángulos y se apoyan en sólidos y pesados contrafuertes, a cuyos lados se abren desiguales ventanas, defendidas por fuertes rejas de madera, labradas sin mayor cuidado, pues el artífice, al construir las, pensó sólo en darles solidez. Un arco, de amplias dimensiones, antes cerrado con reja de madera, da entrada a un vestíbulo en el cual se abren dos puertas: la del fondo da entrada a la iglesia, que se bendijo el 22 de noviembre de 1610, y lateral a una capilla anexa, casi de las mismas dimensiones que la nave principal, construída a expensa del Oidor don Juan Ortiz de Cervantes, en honor de una estatua de la Virgen del Campo, origén de antigua y curiosa crónica.

PEDRO MARÍA IBÁÑEZ

Mayo de MCMXVI

Si quien ha llegado a ser un forastero en la Ciudad levita hubiera de golpear, un día, a la puerta de su templo vedado, para penetrar y hundir la frente agitada por la Duda, en la Piscina de las revelaciones a fin de que brotase, al refrescarla, nueva idea de lo maravilloso y lo sobrenatural, posiblemente acudiría al golpeador severo, del lugar tranquilo, donde el silencio de las naves raídas por la ancianidad de la materia deja escuchar ténue, pausada y sin ostentaciones ni vanidades, la plegaria sencilla del buen Señor y padre que contempló una tarde el desvío de los ojos desolados en la faz cuasi-divina de las peregrinas del hermano Victorio a quien intrigaron para que Dios fuera servido en el duro yugo ansiado. Sólo que el varón santo y sabio como un apóstol, que sonrío ante ese recuerdo con una perenne sonrisa deliciosa e irónica, celebrará, cuando eso, sus bodas de oro en el Tabernáculo excelso de la otra Ciudad, a donde él cree serán residenciados quienes profesen la doctrina que él profesa, y cumplan las prácticas de allí emanadas—aluvión áureo de la conciencia—como él las cumplió.

Para entonces, el són mísero del golpeador que tuvo en la tierra la bendición de la diestra samentosa del Padre Almansa al requerir a la piedad de los hombres—los pobres, los esperanzados, los perseverantes y los humildes—será sofocado por el tañido de campana inmortal, fundida al rojo ígneo.

¿Quién dice que no presenciárase, en tanto, igual plebiscito al que ahora las virtudes de Fasto hacen en honor y homenaje de este amigo de Jesús el Crucifijo?

GABRIEL SALAZAR

Padre Almansa

Nunca en la Cartuja, jamás en la Trapa
es posible hallemos mayor santidad
que la que cubre con su oscura capa,
bandera bendita de paz y bondad.

Henchido de amores, de fe, de esperanza,
vuela a tí mi verso como una oración...
Vuela a tí mi verso, santo Padre Almansa,
ya que eres el santo de mi devoción.

J. BAYONA POSADA

Con el Reverendo Padre Almansa no he tenido jamás el menor punto de contacto. Nunca he oído el timbre de su voz, no he cruzado con él un saludo, ignoro su verdadero nombre, no se cómo vive en qué piensa ni de qué manera trabaja. Seguramente a él le suceda otro tanto respecto de mí. Pero he visto su noble figura de anciano envuelto en hábitos azules vagando por esas calles de Dios y sé que la opinión pública lo señala como un modelo de bondad, de mansedumbre y de inocencia, y eso unido a su porte venerable lo hace para mí un ser prestigioso y superior, ante el cual inclino la frente con profundo respeto.

Viéndole, he pensado en la grandeza, en la intensidad de su temperamento místico. Los moldes ideológicos, religiosos y morales, que dieron forma a su personalidad bien definida y acentuada, han impreso al propio tiempo un sello peculiar imborrable en su aspecto exterior, hasta el punto de que tal cual lo vemos ahora lo veremos mientras exista y así mismo será evocado en la memoria de sus compatriotas muchos años después de que haya descendido a la sepultura. Su unidad espiritual no admitirá tampoco cambio alguno, puesto que él se ha acogido a una actitud inmutable, en servicio de ideales superiores, actitud que según él es la más propia para la realización de sus aspiraciones ultraterrenas.

Polarizar una existencia: dedicar todos los actos a colmar un anhelo que absorbe nuestro ser; sacrificar a todo sublime designio cuanto se es y cuanto es para nosotros el universo, constituye una felicidad individual acaso la más honda la más completa que sea dable alcanzar en este mundo, donde todo es fingible y perecedero. Porque al penetrar al entendimiento la convicción triunfante de que a esta vida ha venido la criatura a merecer, por medio del sacrificio y de la virtud, por medio del dolor y de la adversidad, un perfeccionamiento definitivo que se ha de traducir, para el individuo en vida eterna, convierte a la persona en una entidad impenetrable a toda amargura, invulnerable a todo dardo. Entonces si es aplicable el dicho de los antiguos estoicos: dolor! Tú no eres un mal! Y hasta el pensamiento de la muerte se acepta como una liberación impuesta por justicia infinita, por la infinita misericordia.

El humilde franciscano, a quien van dirigidas estas líneas, parece hallarse en la cúspide de esta evolución espiritual, y por eso se ha impuesto a la admiración de sus conciudadanos, quienes empiezan a ver un halo de santidad al rededor de su cabeza encanecida. En mi concepto, el instinto certero de las multitudes, rinde un homenaje ruidoso, más que a la humilde personalidad del Padre Almansa al perfecto ideal que ha dado contornos a su existencia, el mismo ideal predicado en la India por el Budha, a todos los hombres por nuestro incomparable Jesús, y a la Europa moderna por el gran Tolstoi, como único capaz de redimir el humano linaje. Y compara este apostolado del ejemplo y de las virtudes silenciosas, con otros apostolados más celosos y ardientes tal vez, pero también, más faltos de caridad, más amenazantes y combativos.

LUIS ZEA URIBE

Todo en él evoca las figuras de aquellos viejos monjes que en sus frescos pintaron Giotto o Fray Angélico. Alma simple y purísima, habría encontrado su propio ambiente en los bosques de Umbría, al lado del seráfico Francisco de Asís. No me asombraría saber cualquier día que el Padre Almansa fuese por las calles de la ciudad efectuando milagros semejantes a los que nos refieren las *Floreccillas*, y estoy cierto de que si no dialoga diariamente en San Diego con las hermanas aveillas y con la hermana hierba, es por no causar fatigas a esas humildes criaturas del Señor. Alma pura y bendita: el homenaje que hoy te rendimos es simple prenda de gratitud. Mientras mores entre nosotros no lloverá fuego divino sobre esta ciudad pecadora.

HERNANDO SANTOS

El es como una santa reliquia del pasado
que aún vaga por las calles de esta vieja ciudad;
espíritu anacrónico que queda rezagado
en nuestro loco siglo de error y de impiedad.

Sus prédicas divinas que ahuyentan el pecado
contienen la doctrina del bien y la verdad,
y en torno a su cabeza sobre un nimbo sagrado
deslumbran dos luceros: la Fe y la Caridad.

Es su alma humilde y blanca como un límpido espejo
de fervor; es su labio la fuente del consejo
que mana de él, al tiempo que fluye la oración.

Y sobre las tormentas del mundo vil y vano,
como el vuelo de un fénix de amor, tiende su mano
con un gesto divino de paz y bendición.

SANTIAGO RESTREPO

Este manso y candoroso varón, a quien apenas he visto algunas veces por esas calles con su tosco sayal y su sonrisa triste, ha logrado lo que jamás alcanzaron entre nosotros los que quisieron ser dueños de multitudes: apoderarse de todos los corazones.

¿Quién no lo conoce y no lo ama?

Unos los que profesan la doctrina de Cristo, porque en esta alma cándida un ejemplar rezañado de los primitivos fieles, que tuvo la desgracia de nacer veinte siglos después de sus hermanos, los de la fe sencilla, los de la vida humilde, los de la muerte trágica y gloriosa; otros los que están lejos de todo credo, porque aunque no posean ninguno, los hombres siempre serán subyugados por el suave prestigio de todo lo que es bueno, de todo lo que trasciende santidad y ternura.

Oh, vosotros, los profesionales de la virtud, los maestros del bien! si quisiérais ver tan solamente que la caridad buena y sencilla es la verdadera fuerza de atracción que gobierna el mundo de las almas; si mirárais cuán hondo es el abismo que vuestra virtud hurafia abre entre vosotros y el corazón humano, si os detuviérais a contemplar que a este bendito solitario acuden todas las cuitas, todos los dolores y todas las torturas porque saben que allí sólo encuentran el consuelo y el amor en Dios, y jamás una sola gota de rencor ni de amargura; si recordárais que ese es el verdadero espíritu de Cristo, que a través de las edades se muestra en uno de sus ungidos.....

Bendigo la mano que ha puesto entre nosotros a este hombre justo. Que muchas generaciones aún le conozcan y le amen, para que en él vean que la virtud auténtica no es un imposible humano y que el viejo y carcomido tronco de nuestra especie brota de tiempo en tiempo alguna flor solitaria.

MIGUEL JIMÉNEZ LÓPEZ

Bogotá en Europa

Opinión de un Santo

Hace quince o veinte años.

Las naves de San Francisco se habían quedado huérfanas de las amorosas solicitudes y las santas ternuras del Padre Almansa.

¿A dónde había emprendido el vuelo blanco y suave este pajarillo de Nuestro Señor; esta paloma azul de la Virgen María?

El dulce, el manso pajarillo que, prisionero entre las cuatro paredes de su jaula evangélica y divina, no había soñado con que más allá de los ventanales polvorientos de su iglesia y del boquete de su celda frontero a los balcones por donde la Aurora asoma su semblante esplendoroso, hubiera más horizonte que el infinito azul ni más países y tierras que los encantados países y las brujadas tierras por donde se va de la sacristía al altar y del altar a la celda;—el dulce, el manso pajarillo había abierto las tímidas alas y emprendido el vuelo, nada menos que a Europa. Al viejo Continente. A la tierra del ensueño, del amor y la embriaguez. Al dorado país de la alegría, de la música, del himno sonoro que desde veinte siglos atrás derrama sus harmonías por el mundo entero fecundando cuanto toca y llevando de luz y de vida cuanto a su paso encuentra. A Europa. Allí el pajarillo manso y suave hallaría lo que, en su jaula santafereña soñara: otra jaula muy grande, muy grande y muy rica—el Vaticano—con un pájaro muy blanco y muy sabio dentro—León XIII.

Y allá, en vez de la humilde media-naranja de su iglesia bogotana, por donde penetra el sol mañanero y, devoto, tierno y niño, tiende la santidad de su sonrisa sobre los niveos manteles del altar, hallaría la soberbia rotunda de San Pedro, donde el gigante sol de Miguel Ángel tiene, día y noche, tendidas las alas poderosas sobre los siglos sorprendidos y sobre los oros, las batistas y las piedras preciosas de los altares.

Y el Padre Almansa cruza el océano. Pisa tierra europea. Va y viene entre el heterogéneo enjambre de gentes que congestionan ciudades y pueblos. Y semeja, así entre la multitud, atolondrada golondrina buscando, en la oscuridad, el viejo alero, el alero amigo y protector.

Visita la enorme jaula; se detiene asombrado bajo la apocalíptica rotunda; ora ante los más suntuosos tabernáculos y se inclina ante los más crujientes, perfumados y solemnes príncipes de la Iglesia....

Observa, medita, inquiere....

Y, no se halla en su centro—en el centro que su alma justa y blanca necesita para vivir—sino cuando un monje albo como copo de nieve y risueño como un bebé le abre la puerta añosa de la Cartuja de Nuestra Señora de Miraflores y, con dulce acento de la patria ausente, de la patria inmensamente lejana, le dice:

—«Entre Su Reverencia. Esta es su casa, porque es la casa de la Salud y de la Humildad. La casa del Señor.»

* *

Por aquellos días, recibí una carta de mi idolatrado hermano, fray Melchor.—De ese hermano tanto más querido cuanto más lejos de mí, y tanto más irremediablemente perdido para mi hogar y mis caricias cuanto más cerca de Dios deshoja el rosario de sus oraciones por mí y por mis tristezas —

Me decía:

«...Ayer tuve la exquisita satisfacción de abrazar al Padre Almansa. Santa alegría ésta, por la cual le he dado ya rendidas gracias a Dios Nuestro Señor. Esa Virtud con hábitos franciscanos; esa Santidad con sayal de humilde servidor de Jesucristo; ese dulce pastor de almas, que apacienta espíritus en la tierra nuestra y conquista con su ejemplo muchos ángeles para el cielo, me trajo todo el per-

fume y todos los recuerdos de esa Bogotá querida y me hizo regresar, por modo prodigioso, a la ciudad donde nací, donde nació él, donde vives tú y a donde vuelan, con mis oraciones, mis recuerdos, todos los días y todas las noches de esta vida de amor de Dios en que consumo todas mis horas.... El Padre Almansa en Europa y aquí en la Cartuja, no es el Padre Almansa, es Bogotá que nos visita. Bogotá íntegra que viene a nosotros, en verdad, como vamos nosotros, en espíritu, a ella....»

* *

Y por un raro contraste, desde entonces veo yo en el Padre Almansa algo de fray Melchor; de aquel mi amadísimo hermano Emiliano, a quien lloro, hace veintitrés años, como si se hubiera muerto!....

A. QUIJANO TORRES

Arrullada por la voz encantada de la leyenda romántica y secular, duerme su ensueño arcaico la Recoleta de San Diego, sin que sean parte a recordarla ni los gritos de la locomotora que no lejos cruza, ni los clamores de la moderna y bulliciosa urbe, cuando hasta allí llega cantando su alegría, o cuando ante ella pasan llorando sus muertos. Dijérase el perfil severo y añoso de la colonial construcción, fruncido ceño de un fraile penitente que llamase a contrición en medio de orgía clamorosa y loca. Habría para imaginar que la Historia, con el índice en los labios, avisa silencio bajo aquel arco feudal de la entrada que no ha mucho clamaba porque no pasaran bajo él sino linajudos hidalgos de almidonada gorguera, calzas de seda y acero ceñido. Nido de doradas tradiciones y albergue tibio de piedad caballeresca, la vieja capillita ofrece campo abierto a las imaginaciones que gusten añorar de los poéticos tiemposidos, y que sepan decir «los poemas misteriosos que narran las sombras de las viejas catedrales»: don Juan Ortiz de Cervantes, el piadoso oidor, sintetiza la religiosidad colonial. El archifamoso Virrey, de fantástica vida, duerme allí, hechizado en su ataúd de rancios latines, y espera, como el Rey Barbarroja, a que la mano taumatúrgica del poeta dramático, deshaga el encantamiento y lo haga vivir más alta vida en el tinglado escénico al compás de los claros clarines del romance, o al épico choque de las vibrantes espadas del alejandrino José Solís Folch de Cardona, como las espuelas de don Miguel de Mañara; encarna el romanticismo sentimental de la Colonia. Fray Rafael Almansa, nombre humilde como su sueño, es el representante de Santafé. Media centuria ilumina con resplandores de oro la sacra tonsura que ostenta su cabeza patriarcal; medio siglo sus manos ungidas con el óleo santo sólo se han movido para bendecir; diez lustros que de sus labios fluye el acerbo milagroso en el excelso sacrificio, al par que no han dejado huir la sonrisa benévola, ni se han abierto sino para la dulzura y el consuelo. Hijo del poético penitente de Umbría, evoca esas figuras que asoman con celestial perfume las Florecillas franciscanas.

Ingenio como Gil, el Extático, manso como León, la orejuela de Dios, afable como Marco, el Padre Almansa ha hecho de su retiro de San Diego el ideal Pathmos, desde donde ha predicado el magno Evangelio del amor. Plegue a Dios que cuando la misericordia eval haya roído las paredes de la capillita, destañado los latines de Solís, borrado el retablo de Ortiz de Cervantes, oscurecido los oros del sagrario y acumulado sobre esta página el polvo de cincuenta años, vean los bogotanos en una mañana de mayo que ante el altar de Nuestra Señora del Campo, revestido de albas vestiduras rituales, palpitante de emoción, levanta el Padre Almansa entre sus manos trémulas y puras, la nivea hostia del amor, el día de sus bodas de diamante.

JORGE LEÓN ORTIZ

El único pecado del Padre Almansa

Era la época en que un joven buen mozo, levita trafa alebrezada la alta sociedad femenina de Bogotá, con el culto a San Victorio, pues según este sacerdote, el santo hacía el milagro de conseguirles novios a las muchachas bonitas; a ellas sólo no: que milagro más patente era prodigárselos también a las que no lo fueran. Y era de ver a las lindas bogotanas con exvotos más o menos costosos llenar la Avenida de la República en las alegres horas matinales y colmar los tranvías que semejaban así ambulantes canas tillas de frescas y lozanas flores.

En la ciudad no se hablaba de otra cosa y, como era natural, los galanes acudían a ver la llegada de las bullangueras devotas, y de día en día veíase aumentar el número de peregrinos de uno y otro sexo, al santuario de tan famoso taumaturgo.

Una tarde a la hora en que el sol poniente tiñe de ocre y violeta el macizo lomo del Monserrate, me dirigí distraído hacia la vieja iglesia de San Diego, donde se venera al milagroso adolescente, muerto según se advierte, de una cuchillada en la garganta, allá por los tiempos de marras. El templo, medio escondido entre el sombrije de los eucaliptus, y coqueto en su enmarañado marco de rosales siempre floridos, lleva impreso en su arquitectura el sabor de la vida colonial. El tiempo le ha dejado en sus vetustos muros el tono desvanecido y verdoso de las casas ancestrales y el Reverendo Padre Almansa, el Capellán, le ha transmitido ese perfume de santidad que forma grata atmósfera en torno de su persona.

El jardinillo a la derecha del atrio está cercado por verja formada de herrumbrosos cañones de rifles antiguos, entrelazados por medio de bayonetas de desecho, que hablan de los épicos tiempos de revuelta, y dicen cómo lo que fue ayer elemento destructor es hoy pacífico guardador de flores.

Entro. El interior de la Capilla está desierto. Dan las seis. El blando tañido de esas campanas conserva un eco cariñoso del alegre vocinglerío juvenil de mis camaradas, que en los días de la niñez gritaban jugando en las enarenadas avenidas del parque. Una suave penumbra acentúa el místico carácter del recinto. Sólo un pingajo de tela vieja que cuelga de los ventanales se agita batido por el viento.

Las bujías arden ante el altar del Santo entre ramilletes frescos que revelan haber sido colocados allí por las coquetonas manos de las interesadas imploradoras de San Victorio. Me compenetro con el ambiente de quietud y silencio del templo, y medito.

Afuera, en la calle, oyese el ronco vocinear de los automóviles; el continuo tintineo de los eléctricos y el colorado resuello de la ciudad.

De pronto, el agrio chirrido de una puerta que se abre me hace volver la cara. Bajo el arco del coro y casi refundida en la sombra aparece una vaga silueta que me es familiar.... Avanza cautelosamente, observa y se decide. Es el Padre Almansa. Llega hasta el altar del Santo; con afanosidad ademán apaga las bujías; mira a todos lados como temeroso de ser sorprendido; las recoge rápidamente escondiéndolas bajo su tosco manto de frisa y se escapa a hurtadillas.

¡Un robe a San Victorio!!

* *

He salido a la calle cuando ya los luceros empiezan a emerger de entre las brumas. Al pasar por frente a la casita humilde del Capellán, un enjambre de diminutos mendigos se agolpa a la puerta. Se abre ésta y aparece de nuevo el Padre Almansa.

—Hijos míos, dice con su voz lenta y amable, haciendo con la mano esa sugestiva señal de comer: hijos míos; de esto no hay; pero en cambio llevad estas velas a vuestra casa, que el hambre con luz quizás sea un tanto llevadera. Mañana Dios dirá.

La puerta se cerró y los niños se alejaron.

Miré al cielo para darle gracias y una estrella fugaz de esas que parecen espíritus que vuelan, recorrió el infinito como una ruta de luz que va hasta Dios.

ARTURO ACEVEDO V.

El santo religioso destaca su figura sugestiva en la paz divina de la Hermita, como él humilde y como él añejo, donde con singular acierto de la suerte, cúpole desempeñar su ministerio de amor y de perdón.

No es el buen Padre Almansa propiamente un asceta. El ascetismo supone cierta rigidez disciplinaria, en el loable empeño de domar la rebeldía de las pasiones, y el castísimo monje de San Diego está bien curado de asaltos luciferinos por obra y gracia de su misma mansedumbre, de su misma ingenua alegría de vivir.

El Padre Almansa es el dilecto de las almas místicas de esta «Santa Fe Religiosa»; es el encanto de los artistas evocadores de las gentes y de las cosas viejas y es el escollo donde se quiebran las más atrevidas heterodoxias de nuestros libres-pensadores chibchas.

El Padre Almansa es un enamorado de todo, a la manera de su patrono San Francisco de Asís. Si de sus labios dulces no han salido las frases: «Hermanas flores, Hermano lobo, Hermanos pajaritos», sus ojos sabios van diciendo perennemente: «Hermano pecador, yo te perdono», «Hermano que suspiras y lloras, yo te consuelo».

En medio de las revolucionarias tempestades del Siglo, es el Padre Almansa como una barquilla ágil y menudita de velamen blanco, que sigue los rumbos del oleaje en la cúspide misma de la salobra y tremenda montaña que se alza efímera; que se estrella contra otra mole igual, que trasmonta el arrecife y que tras tanto bregar cae a la postre blandamente en la final placidez del líquido, dejando en seguro a la juguetona y afortunada nave, mientras que quizás en potente buque de flancos acerados, que vomitan hierro y fuego por sus cien negras bocas, cayó vencido y al deshacerse, fue al fondo inexcrutable del piélago.

Hé aquí, en el general cariño y en el respeto unánime que envuelve a Fray Rafael como en un nimbo, un clarísimo ejemplo del prestigio del sacerdote que se aparta de las luchas profanas de los hombres, o que para vencerlos no va a lid con más armas sino la cruz y la bandera blanca entre las manos y una bella sonrisa en el semblante.

¡Oh humilde, oh pobre de bienes terrenales, oh santo Padre Almansa! En esta apoteosis que hoy celebra Bogotá, en loor a tus cincuenta años de tu sacerdocio, y que es como una antelación de otro homenaje que te rendirán las generaciones futuras; en este día de tus áurea bodas con la Hostia blanca, recibe un copo de mi incienso, que quemo a las puertas del apartado y secular recinto donde convives con el Niño Jesús, Nuestra Señora del Campo y el milagroso San Victorio

FRANCISCO JOSÉ ARÉVALO

Hombres de Dios

Sobre la amplia puerta de la Sacristía, por la parte interior, entre un nicho resguardado de vidrios firmes en recios ajustes de hoja de lata que el vaho de los siglos opacará densamente, yacían los restos mortales de aquel caballero de la Colonia, Comandante de las Guardias del Virrey, camorrista terrible y más terrible aún seductor de hembras de valía que, como el Estudiante de Salamanca topóse en una noche de sangre, de amor y de aventuras con su propio entierro a cuyo pasmo debióse que trocara al día siguiente su marcial tricornio emplumado por humilde coguilla y el cinto de su espada gentil por el cordón de San Francisco.

Frontero al sepulcro de don Angel Ley, un pequeño

baleón por donde furtiva llegaba la luz hasta la celda. En la baranda unos tiestos de flores a manera de broches que aseguraran el amplio manto de hiedras que de alto a bajo caía como cortinaje de verdura entre cuya urdimbe recataba sus nidos un enjambre de gorriones acostumbrados a mirar al fraile como buen camarada.

Dentro, una tarima desvencijada con vanidades de iecho; una mesa roja, clásicamente conventual, ribeteada de dorado, cuyas patas en serpentina ondulación, terminaban en simuladoras garras aquilinas de ferocidad opresora; un sofá de idéntico estilo al de la mesa, despojado de todo cuanto fueron telas y mullidos, a lo largo del cuartucho; sobre sus tablas desunidas, enormes libracos en pergaminos, cuadernos, novenas, estampas, crucecitas de plomo, registros piadosos y toda la corte celestial en diseños de oro y plata que se destacaban ingenuos en tenues láminas de goma en colores. Y la mar de heroicos y pacientes esfuerzos de reconstrucción de estatuas, intentados con los despojos de la santería de madera que los siglos amontonaron para la basura en la iglesia y el convento. La mística reemplazó en ellos al Arte y San Francisco de Asís a Praxiteles, porque el brazo carnudo, acinturado como tomate de riñón que periteneciera en sus orígenes a un angelito blondito, incrustábase en el hombro de un santo barbudo, y la cara de una virgencita sobre el pecho de un fornido San Cristóbal. La cuestión consistía en que nada faltara ni sobrara, que al fin y al cabo todo aquello pertenecía a los santos.

Estas exhumaciones de la nueva Pompeya estaban cubiertas con túnicas de percal de varios colores cuya confección no quiso el cenobita confiar sino a sus manos. Ellas endedaron las tijeras, cortaron el papel dorado para simular las estrellas, las coronas y las arandelas y adornos de las túnicas.

Dos lados de la celda—los más anchos—estaban materialmente tapizados de fotografías. Allí podían verse los retratos de casi todos los hombres de Bogotá, desde los viejos hasta los niños, prendidos a la pared con espigas de tuno y con cariño igual.

Cierta mañana conmovióse Bogotá y después la República con un artículo que escribió José María Vargas Vila para el periódico «La Batalla» del indio Uribe. Pocos días después fuimos a visitar al Padre Almanza. La quietud hierática de la celda había sufrido algo. En la pared no hacía falta ningún retrato, pero, uno estaba con la imagen hacia el muro y apenas se veía la cariñosa dedicatoria al fraile. Algunas velas llameaban frente al punto blanco al rededor del cual, en círculo mitingüero, como si quisieran impedirle toda esperanza de escapatorias, cerraba filas la multitud de estatuas.

Un largo rosario y el milagroso cordón de San Francisco, en una misma lazada, circuían la cintura de los Santos y luego apretujaban el retrato de Vargas Vila puesto de revés.

El Padre Almanza luchaba con todas sus fuerzas y legiones para arrancar a un hijo de confesión de las garras del «Patas» como llamaba al Diablo.

Fuerzas y legiones de caridad, de mansedumbre y de dulzura.

LUIS MARÍA TERAN

Una visita al Padre Almanza

Esta vida moderna, que ha convertido en hora de comida la de la antigua cena santafereña, nos hizo llegar tarde a la modesta vivienda del bondadoso y suave Padre Almanza. Sin embargo, la respuesta a nuestro llamamiento no se hizo esperar. El Padre Almanza no se había acostado aún y tenía mucho gusto en recibirnos. Nuestra amistad no es de ayer, y gracias a Dios, la confianza y el cariño que nos dispensa tiene la sencillez y sinceridad que quiere el Evangelio. En ello fincamos orgullo muy legítimo.

Con su angelical semblante vino a saludarnos. Estaba tomando una ligera colación, para luego irse a la cama.

Abrió la puerta de la salita y avanzando cuidadosamente encendió la luz. El interruptor eléctrico giró sin ruido ninguno y la bombilla inundó de claridad la habitación. Así él también, sin ruido, sin ostentación, ilumina poderosa y dulcemente a la vez, los corazones y las inteligencias de cuantos se llegan a su lado.

La estancia se hallaba adornada con muebles recién tapizados de rojo; el papel de colgadura había sido cambiado, y las puertas acababan de recibir nueva pintura. En la pared principal, lucía sus tres colores la bandera de la patria.

La conversación, como era natural, rodó sobre el aniversario que hoy se festeja. Acogió el Padre nuestras palabras con una sonrisa de profundo agradecimiento por las manifestaciones que se le hacen, y de santa modestia no mezclada de desdén, al contrario, esmaltada con muestras de verdadero aprecio.

—¡Cómo les agradezco a todos, porque todos son los que me quieren! ¡Cómo estoy desconocido y anonadado! nos decía con los ojos húmedos, el rostro radiante y las benditas manos apretadas sobre el pecho.

Y se reía con la paz del Señor y la alegría del Espíritu Santo.

—¿Cuándo comenzó Vuestra Reverencia a ser Franciscano?

—Mire; nos respondió al tiempo que indicaba un retrato suyo de nueve meses de edad, vestilo con el hábito y el cordón de San Francisco.

—Desde entonces, añadió. Y ya muchachón seguí yendo al convento, por una de esas inclinaciones. ...

En la escuela del maestro Duque primero, y luego en el convento de San Francisco, hizo sus primeros estudios el varón que había de poseer aquella sabiduría cuyo principio es el temor de Dios, y cuya esencia está en el espíritu cristiano. A la edad de 12 a 14 años tomó el hábito de novicio siendo guardián el Padre Nepomuceno García, y Regente de estudios el Padre Francisco de Paula Benavides.

—Llamaba la atención, dice con entusiasmo, la suavidad y el cariño de todos los Padres: Fray José Gerardino, maestro de novicios, era muy cortés y cumplido.

Su catedrático de teología fue el Reverendo Padre Fray Gregorio Pinilla, y el Padre Florentino Morales lo fue de latín.

—¡Pero que cosa tan tremenda era ese tal «Lebrija»! Mire que me hace rabiar! En una página tenía estos versos:

«Qui, quis, que, quod, quid.
(ningún burro pasa de aquí).»

y era verdad; nadie pasaba de ahí. Todos llegábamos y nos trancábamos ahí.

Sobre su primera comunión habíamos oído contar esta anécdota.

Tenía cuatro años de edad cuando un día en misa, en tre semana, al ver que los fieles se acercaban a comulgar, se levantó también él, que estaba en ayunas, y comulgó. Su madre se alarmó al saberlo, pero un padre franciscano la tranquilizó prontamente. El candor de sólo cuatro años de vida inocente, no necesitaba confesión.

—No, no, interrumpió el Padre Almanza cuando se lo contamos. No hubo tal cosa yo sí me confesé. Hice mi primera comunión como se hace siempre.

Poco le faltaba para recibir las sagradas órdenes cuando vino la desamortización de Mosquera y la consiguiente extinción de los conventos. Entonces pasó a Pamplona, donde terminó estudios y fue ordenado por el señor Obispo Bonifacio Toscano. En Santander permaneció siete años, primero de compañero del parroco de Bucaramanga, después de cura en Jirón y en Enciso.

—Me fue muy bien; me quisieron mucho. Allí también van a hacer función. La gente de Bucaramanga es muy buena, pero muy buena, sumamente buena!

Cuando se rehizo la comunidad franciscana, volvió al convento, donde desempeñó los puestos de Vicario de la

Casa, Capellán de la iglesia y Definidor del Padre Provincial.

—Y qué cosa es ser Vicario de Casa y Definidor?

—El Vicario de Casa es el que anda por todas partes viendo que todo esté bien y en orden. El definidor es como un consejero, o mejor dicho, es lo que en el Gobierno son los Ministros.

En 1895 se le designó para que acompañara al Padre Virgilio Rodríguez que debía ir a Asís a representar la provincia Franciscana de Colombia en el Capítulo de la orden.

—En Puerto Colombia subimos al "Labrador." Bello buque y nuevo. Muy grande y cómodo. Al principio creí que la cosa iba a estar trabajosa con el idioma. Pero no. Había muchos que hablaban el español.

—¿Y sí se sintió V. R. muy conmovido cuando zarpó el buque?

—¡Cómo no! Aquello es grandioso. Entonces si que se puede decir que no es el hombre sino la mano de Dios la que va por sobre el agua.

—¿Y la travesía cómo le pareció?

—Exquisita. No estuve mareado sino cuatro días. Tal vez porque continuamente están pintando el buque, los alimentos me sabían a ese barniz.

Se acuerda perfectamente de las escalas que hizo el barco:

—Curazao, Puerto Cabello, Trinidad, Guadalupe, *Flor de Francia* y de ahí si derecho a Burdeos.

—¿Pero no fue Roma la primera ciudad europea que visitó Vuestra Reverencia?

—Sí; en Burdeos no nos demoramos nada; seguimos a Roma. Y visité al Padre Santo, añado con aire de triunfo.

—¿Y luego....?

—Pues a Asís. Celebré misa al pie de los restos del Seráfico, y en Loreto, en la capillita de la Virgen. ¡Qué dicha tan grande! ¡Dígame! ¡Al pie de los restos de Nuestro Padre y en la casa de nuestra Madre....!

—¿Cómo fue para ir a París?

—Cuando se acabó el Capítulo, fuimos a dar una vuelta. Estuve en Suiza. Pasé el túnel que llaman «el San Gotardo». Imponente, bello! Conocí a Lucerna y a Berna. También estuve en el Lago. Es muy aseado y muy hermoso. Muy bonito.

—¿Y qué piensa de París?

—Estuve feliz. Desde por la mañana me estaba por la calle conociendo. La gente es muy buena. Todo el mundo anda contento; todos alegres y nadie ofende a Dios. De noche es mejor que de día. ¡Mucha luz, mucho movimiento! Estuvimos también a conocer las Aguas de Colores.

—¿Y no estuvo en ninguna otra parte?

—Pues cómo no. Fui a Bruselas por visitar a Antonio Borda, que estaba allí cerca... ¡cómo llama ese punto! creo que era Mons. Ahora eso habrá caído con la guerra. Estará en ruinas.

—....?

—De ahí a España. Me hallé en Toledo, Zaragoza, Burgos, que es muy interesante por lo viejo; en Manresa, *Modril* y esa ciudad que ahora nombran tanto: Barcelona.

—¿Y cómo le pareció todo eso?

—¡Ah, muy hermoso! No le digo que Burgos me encantó porque es una ciudad antigua. Y el *Modril*, no se diga nada para ponderarlo. Y el Escorial....

—Según se vé, estuvo muy contento.

—Sí, por supuesto. Y mire lo raro: uno de los gustos de ir por allá, es la ilusión de volver a la tierra de uno. Al fin en Santander cogimos el «Villa Marsella» y marchámos para Bogotá. Aquí el señor Arzobispo me nombró Capellán de San Diego.

Ya para despedirnos, nos mostró un mosaico de su familia. Allí está un retrato suyo de cuando era joven, rodeado por los de su padre, don Ambrosio Almanza, su madre, doña Rosario Riaño de Almanza, su hermana, doña Carmen Almanza de Almanza y sus sobrinas, señoritas Ana Joaquina y Ana María Almanza.

Nos acompañó hasta la puerta de la calle, repitiéndome sentidas frases de agradecimiento a la sociedad bogotana.

—¡No podré pagar con nada, únicamente con elevar a Dios oraciones por todos!

Lentamente recorrimos la Avenida de la República, saboreando con avaricia el suave alimento espiritual que nos había proporcionado una hora en compañía de alma tan perfecta. Nuestro pensamiento reposaba dulcemente, como las manos del santo, unos minutos antes sobre sus rodillas.

(De Instantáneas)

Siluetas morales

Es una conciencia recta, blanca como el anhelo de un niño. La sensibilidad exquisita de su corazón recogió como un maravilloso receptáculo el eco de todo dolor y la queja de toda angustia; para él no hubo nunca ni ricos ni pobres, ni buenos ni malos; todos fueron hermanos a quienes debía prodigar a manos llenas el bálsamo de su palabra impregnada de ternura, con que el Rabí de Galilea sabía cautivar el alma de las mujeres y los niños.

Su mirada, en la que asoma el fulgor visionario de los ascetas primitivos, ha sabido mirar la vida con esa filosofía inimitable que se llama *bondad*; y su sonrisa, en la que palpita el ala imperceptible de una melancolía de ensueños, logró en más de una ocasión, sembrar hasta en corazones corroidos por el vicio, nobles y purificadoras ambiciones.

La fe que anima y nutre su pensamiento humilde, es a la manera del rocío que cae sobre las flores con la suavidad de una caricia, y despierta en sus pétalos dormidos gérmenes. La esperanza que colma las emotividades de su alma, es como la luz que atrae y llama al cielo las copas murmuradoras del follaje. Y la caridad que santifica y agiganta su voluntad, es como la savia generosa que hace crecer las raíces en el callado santuario de la tierra misericordiosa.

Por eso va a él, en ocasión solemne y única, el homenaje de mi admiración sin restricciones, y el testimonio de mi aprecio sincero y hondo.

MANUEL LAVERDE LIEVANO

Toda obra de arte, es hija de un momento de fe, de un momento en que la melancolía de la vida pasajera no atormenta al artista. Las cosas viejas rara vez inspiran verdaderas obras de arte, porque la emoción que producen, deja en el alma una melancolía que lleva al desprecio por la acción.

Por esto la capilla de San Diego, cuando se muestra en el esplendor de su vejez adorable, coronada por la voz antigua de sus campanas, tan solo sugiere extraños deseos de silencio.

No buspuéis frases sobre aquel viejo rincón, ni pretendáis perpetuar su imagen en cuadros minuciosos. Unas y otros serían académicos y falsos.

Vamos, sencillamente, por las tardes y contemplando sus muros blancos y su humilde jardincillo, dejemos venir la noche, silenciosamente, y cuando, escapado de su nicho encontremos por esas calles al Padre Almanza, huyamos de la impresión artística, y libremente dejemos vagar nuestra mirada, por su cabeza blanca, sus ojos reidores y su capa raída.

En silenciosa contemplación, la capillita del antiguo convento, y el hijo de San Francisco nos abandonarán todo su encanto, oloroso a incienso místico, hecho de la bondad y sencillez de una vida pura, y de la benevolencia de las cosas viejas.

GUSTAVO SANTOS

Dos impresiones

Creció la ciudad y tomó aspecto cosmopolita. Las antiguas calles de construcciones españolas fueron pavimentadas a la moderna y la morada colonial de amplios portones y balconcitos morunos de misteriosa simetría, cedió su puesto a la moderna construcción, que obedece a la línea recta y ahorrra los espacios. Al último jardincito andaluz y a la última morada colonial se acogió el anciano sacerdote. Y su silueta de franciscano, alta, solitaria y evocadora, cuando el crepúsculo baña en oros la ciudad, se proyecta dentro de la verja enmohecida que guarda el jardincito andaluz, la penumbrosa capilla de San Diego y la simétrica morada del Virrey Solís, y finge allá en el recodo de la avenida un bello espejismo de nuestro pasado colonial.

Formóse nuestra vida agitada y pecaminosa. Frente al anciano sacerdote pasan en raudo vaivén los carros eléctricos, victorias elegantes y automóviles de estridente sirena. A sus oídos alcanza el eco de una falsa vocinglería democrática y hasta el rimbombo ingrato de combinadas homilías. Pero al caer de la tarde, en la penumbrosa capilla de anti cuadas molduras, se rebosa incierta la soberbia humana en busca de perdón. Y el anciano sacerdote de aspecto legionario absuelve bondadoso a príncipes de la iglesia y a enmarañados políticos: y al levantar la mano que bendice sin restricción ni bafa, sugiere en el silencio de la antigua morada la ilusión de un oculto y rezagado discípulo del Señor de Nazaret.

LUIS LÓPEZ DE MESA

¿Nuestro Padre Almansa? Un gran señor de almas, sin gularmente poderoso. Sabe sonreír piadosamente de las culpas humanas, y ahí está su poder y su ciencia. ¿Para qué más?... La bondad y la dulzura son sus consuejas. Con ellas se ha removido el mundo. Da la sensación placida de un resplandor de luna, de una agua azulada, como la del lago donde flotó la barca de los pescadores de los hombres. Mi afición a los libros me haría decir que el Padre Almansa es un volumen encantador de una obra infinita.

EDUARDO GUZMÁN ESPONDA

Dicen que cuando Cristo agonizaba, llegó del occidente, en medio de las auras vespertinas, a posarse en la cruz ensangrentada un enjambre de errantes golondrinas.

Y cuando el populacho enfurecido colmó al mártir de escarnios y salivas y el sol horrizado cerró los ojos y enlutó sus galas, las aves compasivas, en torno al moribundo revolando, de sus sienes divinas sacaban con sus picos las espinas y enjugaban la sangre con las alas.

En memoria de aquello, desde entonces cuando en cruz de dolores clava la humanidad—ingrata siempre— a los que por su bien son luchadores, el Mártir del Calvario les envía consuelos y esperanzas, cual bandada fugaz de golondrinas, a arrancarles del alma las espinas.

ADOLFO LEÓN GÓMEZ

El asceta

En dulce soledad hora tras hora y en largo ayuno que el vivir quebranta, escancia la oración, miel bienhechora de su alma triste de trista santa.

El, que medita y que padece y hora y que hacia Dios su corazón levanta, en los desiertos de la vida llora y en los jardines de la muerte canta.

Sencillo viajador del hosco suelo, en su nostalgia mística del cielo todo lo olvida y lo perdona todo....

Y a la alegría de la carne, el vicio, le da la mordedura del cilicio que hiere y mata la pasión de lodo.

ABEL MARÍN

Padre Almansa, que vas para el cielo, con la cruz sin reflejos de plata y con burdo sayal que los años te destiñen y te deshilachan, yo te encargo que, apenas recibas tu corona, al final de la marcha, te detengas a ver a mi madre y le entregues tú mismo esta carta: «Madre mía, mi gran mediadora, la más santa de todas las santas, te saludo y feliz te presento al sin par portador, Padre Almansa, el que hubiera Jesús hecho Apóstol al haberle encontrado en la playa....»

EDUARDO LÓPEZ

El padre Almansa

Arrodillado ante el altar de la virgen del Campo, hemos visto muchas veces al Padre Almansa.

Los placidos rasgos de su fisonomía están de acuerdo con cuanto lo rodea y no es necesario hacer grandes esfuerzos imaginativos para reconstruir escenas de otras épocas.

Parécenos al contemplar el buen Padre en oración ante la imagen, que un día tallara Juan de Cabrera, que vemos en la penumbra los altos sombreros de felpa de las devotas de antaño, y que en los rincones están ocultos los músicos indígenas que en no remotos días entonaban preces a la Virgen al son de melancólicas chirimías.

Es un apóstol humilde y misericordioso. De sus labios tan sólo se escapan palabras de consuelo; por eso tantos afligidos van a exalar a sus plantas gritos de dolor y de arrepentimiento. Saben que encontrarán el buen samaritano que, dulcemente, ungirá con el óleo del perdón sus almas destrozadas.

Cuando las campanas de la humilde torrecilla de San Diego, con dolientes tañidos dan el toque de oración, al ver destacarse sobre el verdoso muro la silueta de este santo varón, acuden a nuestra mente torturada por la duda los versos del poeta:

«Dadme, señor, por único tesoro, la fe que el corazón me traspasara, como un puñal finísimo de oro.»

EDUARDO DOMÍNGUEZ

Los restos de San Victorio

A la izquierda de la nave principal de San Diego ocupa el nicho de uno de los altares una estatua de cera, que adornada con vestiduras de seda, conserva los restos del mártir San Victorio y que es una de las maravillas que hacen de ese sitio un lugar a donde han ido, como en busca de refugio, los últimos recuerdos de la época colonial de Santa Fe.

Construcción del siglo XVII; pinturas de Vásquez, de Acero de la Cruz y de García Henia; retratos del Virrey Solís; muebles antiguos; cuadros desteñidos; inscripciones borrosas... todo se halla nificado por un espíritu de antigüedad evocador de una época ya legendaria.

A principio del siglo XIX representaba a la Nueva Granada ante el Vaticano el señor don Ignacio Tejada con carácter de Encargado de Negocios, reconocido de hecho aunque no explícitamente, y gobernaba la Iglesia católica el ilustre Pontífice Gregorio XVI. Tuvo este Papa por nuestro país muy especial deferencia y bastaría citar el solo hecho de haber sido él quien reconoció el 26 de noviembre de 1835 la independencia de nuestra Patria, primera de las colonias españolas que obtuvo esa gracia, para reconocerlo como uno de los más grandes benefactores de Colombia. No fue menos eficaz en ese trascendental suceso, la labor del señor Tejada, "quien en el curso de su misión se condujo con el tacto y firmeza del más aventajado diplomático". (1)

Entre las muchas gracias con que Gregorio XVI favoreció a la Iglesia granadina, se cuenta la donación de los restos de San Victorio hecha a los Padres de San Diego por medio de un breve fechado el 26 de agosto de 1831, y cuyo encabezamiento dice: «Se ha donado a los Hermanos Recoletos de San Diego, en la provincia de los observantes de San Francisco de la ciudad de Santa Fe de Bogotá en las Indias Occidentales, el cuerpo de San Victorio mártir, sacado de los sagrados sepulcros de la ciudad». El original de este breve escrito en latín, así como una traducción de él al castellano, y firmado por el Cardenal Pedicini, se halla entre los papeles de *Negocios Eclesiásticos* del archivo del Congreso de Colombia, relativos a 1833.

De acuerdo con ley de Patronato que en esa época regía en la Nueva Granada, los Breves Pontificios debían llevar el pase del Poder Ejecutivo, según el artículo 6, atribución 17 de la Ley de 28 de julio de 1824; debían ser alcanzados por el mismo Poder Ejecutivo y certificados por nuestro Agente en Roma.

Ninguna de estas dos últimas condiciones cumplía el Breve en referencia, y por consiguiente, el General Santander, Presidente entonces de la República, no podía darle el pase necesario (2). Reunido entonces el Congreso nacional, el Presidente se dirige al Senado el 20 de marzo de 1833 con el fin de consultarle sobre este punto. La Comisión de Negocios eclesiásticos, compuesta de los Senadores don Antonio Herrán, don José A. Amaya y don José Joaquín Cardoso, presentaron el 1º de abril el Informe respectivo, en virtud del cual no habiendo solicitado los Padres de San Diego la donación del cuerpo de San Victorio, no habían faltado a la ley de Patronato, y por lo mismo no había inconveniente en que el Poder Ejecutivo le pusiera el pase al Breve. Tratado el asunto en Senado sufrió los tres debates reglamentarios, no sin que hubiera repetidas discusiones sobre él, hasta que en la sesión del 29 de mayo la misma Comisión propuso una solución definitiva, que modificado quedó así:

«El Poder Ejecutivo permitirá a los Padres de San Diego recibir y mantener en su Iglesia el cuerpo que se dice ser del mártir San Victorio», pero discutida se submodificó y aprobó en esta forma: «No estando prohibida por ley alguna la importación del cuerpo de un santo,

el Poder Ejecutivo podrá hacer lo que tenga por conveniente». (2)

Esta es, sumariamente expuesta, la relación de los hechos que motivaron el que hoy la piedad bogotana, por medio de una devoción ferviente, y constante, pueda posarse en San Diego al pie de los restos de San Victorio sacados de las Catacumbas de la Ciudad Eterna y destinados así por el Pontífice Gregorio XVI.

Se halla el cuerpo yacente del mártir armado en cera, dentro de una vitrina con bordes dorados, en cuya parte superior se lee: «*Corpus San Victorii martyris nominis proprii*». Y al pie, en madera, en letras coloradas toscamente hechas: «*Bicto i, alud, in pace, quix, an. XII m. VIII*».

Sirvan estas líneas como un homenaje de admiración y de cariño al Reverendo Padre Almansa en las bodas de oro de su ordenación sacerdotal y como un recuerdo muy respetuoso a la memoria del ilustre Pontífice Gregorio XVI.

NICOLÁS GARCÍA SAMUDIO

Bogotá, mayo, 1916.

(2) Libro de actas del Senado. 1833.

(1) R. Rivas.—*Colombia y la Santa Sede, Cultura* número I, página 49.

Después de leer un canto de *La Divina Comedia* me quedé dormido. Y soñé que yo también subía por las regiones siderales.

Hallé igualmente una sombra bendita que me llevó, como Beatriz al Dante, por los círculos del Paraíso. Y vi allí compatriotas en todas las mansiones celestiales, menos en una: en aquella donde están los que tienen aureola, donde vio el poeta florentino entre otros a San Francisco de Asís, el que llamaba hermanos a los lobos.

¿Sabéis por qué, me dijo el guardián de este círculo, es vuestra patria tan de mala estrella? Porque aún no tiene ella aquí su abogado. Falta un santo vuestro, que os dé la buena fortuna. De aquí se manda aquello que vosotros llamáis suerte, ventura, casualidad, y que no son en verdad sino decretos providenciales.

—¿Y San Pedro Claver y San Luis de Beltrán, dije yo, recordando mis lecturas de Historia, no vivieron en nuestro suelo? ¿Y San Martín de Porres, no era hijo de madre colombiana?

—Todos están aquí y aunque ven con cariño vuestra tierra, como no fueron nativos de ella, tienen que guiar de preferencia la estrella de sus patrias. Preciso es que llegue aquí canonizado un hijo de esa tierra de tantas y tan excelsas virtudes....

Cuando desperté tenía a mi lado sobre el escritorio el álbum del Reverendo Padre Almansa. Este es, pensé, quizás el principio para una causa de beatificación. Ya en vida tenemos al humilde franciscano en olor de santidad. Va hoy en este libro, a la posteridad, un testimonio de sus virtudes, para cuando ella piense ponerla en sus altares. Va aquel a ser, tal vez el primero de los hijos de Colombia que ocupara asiento en esa sala de la gloria donde moran los bienaventurados que rigen desde sus tronos los destinos de las naciones, y vela, cada uno, por la salud y dicha de su patria.

EDUARDO POSADA

Bajo el azul sayal de San Francisco
abrigas las ovejas del aprisco
que otean los eriales, sin Pastor....
¡A tus robustos hombros solamente
fáltales conllevar amargamente,
el peso de la cruz del pecador!

FEDERICO BRAVO

(1) *Gaceta de Nueva Granada*, número 82. 1833.

Al Padre Almansa

Como esta página va a ser inmortal, porque va engarzada en otras que han de serlo, pues que todas ellas están iluminadas por el alba de una santificación que despunta suavemente en los cielos diáfanos del cristianismo, corre, vuela, ánima mía, a levantarte en las aguas especulares de la inspiración, y a vestir después los linos fragantes de un hablar sincero y armonioso, para que las gentes que aún están subiendo, como burbujas de ensueño por entre los senos del caos, sepan cómo fue el varón singular, con el roce de cuyas plantas vibra electrizada de felicidad de la tierra!....

Pero, oye, aguarda, no te vayas, ánima; quizá no hay para qué solicitar en los precios del capricho, y talvez de la locura, arabescos de colores tumultuosos, ni para qué tornasolar más aún el habla argentina de San Juan de la Cruz: eso ha de hacerse cuando se quiera calumniar piadosamente, deteniendo una caída con el compasivo hocón dorado de un exquisito bien decir; pero, aquí, aquí, eres tú mi pobre ánima, quien se va a recostar a una torre que cae a plomo como una verdad ya tuviera para gallardear eternamente si fueras capaz de pintar con toda su deslumbradora sencillez a este sereno emperador de Jesucristo.

Sucedió que al pasar por esas calles, un gentil corazón me dio esta hoja para que dejara en ella tu semblanza, oh viejo peregrino, que vas por esas sendas haciendo hablar, con tu señor San Francisco, al lobo de la rebeldía, y diciéndole hermana, tan impávido, a la pantera.... Si no os quedan más hojas en blanco, respondí, guardad esta, porque aún en los caminos y vergeles hay rosas y jazmines, igual que en una nevada de eucaristía; y como el boceto que me pedís se puede estampar en una hoja de lirio o en las mejillas de un ángel, sin riesgo de mancharlas, yo tomaré dos o tres magnolias, de esas que parecen hechas de hostias onduladas.

Y respondí de esa manera, oh plácido emperador de Jesucristo, porque al pensar en lo que hubiera de decirte, saltaron a mi memoria vellones de corderos lavados por la mañana, plumazones de garceras campesinas, manotadas de ópalos, todo blanco, todo fúlgido como tu alma, y tu me lena, y tu sonrisa entintada de espíritu.

Y he de decir que te adoran las gentes porque tu sencillez no es el efecto de una estudiada complicación, sino una gota de rocío, en que no hay más que agua y sol, por qué tu misterio es ingenuo y hechicero para los claros y simples de corazón, lo mismo que es abismático y profundo para las pupilas abiertas de intensa filosofía.

Y si quemo con natural franqueza este montón de mirra a tus pies y pulso la viola de mi venación muy cerca a tus oídos y hago que pases tu mano cándida por sobre el terciopelo de la amante sorpresa que a todos nos produces, es porque no hay peligro de que se turbe la pladidez de tu alma: qué ha de temblar de vanidad un lucero porque haya en la tierra una luz prendida en loor suyo.... Para eso aprendiste, ha mucho tiempo, como dijo el otro, a vivir más allá del bien y del mal, oh, tranquilo emperador de Jesucristo.

Y sigo diciendo que te idolatra porque, cuando en tus oídos repercute el dolor de las humanas debilidades, eres como una de las campanas de tu ermita, que devuelven el golpe con un madejón de sonidos armoniosos, lleno de consoladoras vibraciones.

Y que eres adorable porque has arrancado de tu cuerpo los istius abaciales con que la galantería social ha ido a envolverlo, y has volado con ellos, y azúcares imperiales, y almohadones desesperantes de suavidad, a envolver úlceras ajenas, a calmar hambres ardientes, y acariciar en la sombra las frentes doloridas y enfermas de desesperanza, oh, fugaz emperador de Jesucristo.

Y sigues tu camino, barriéndolo con las orlas deshinchadas de tu manto, oloroso, como el de San Francisco, a flores hogareñas de manzanilla, a hojas de yerbabuena y al inefable aroma con que embalsamó José el cuerpo apolneo de Jesús.

Hoy hace cincuenta años que le diste la mano a la Esposa de los senos como cabritos dormidos en un prado de alelises; son tus bodas de oro; y David a esta hora está pulsando con su mano reg a los bordones graves y dulces de sus arpas, en alabanza de este esposo, que no ha soltado una vez siquiera la mano de los cinco lirios de su elegida; y hay en tu ermita olor a cedros del Líbano a cinamomo, y se ven, al á lejos, manadas de cervatos que pacen lánguidamente en campos de azucenas, y sonrte Ella con un arrullo misterioso como el rodar de tímida fuente a la sombra de curvados carrizales.

Y qué puede el alma desear hoy para tí, amoroso emperador de Jesucristo?; qué rayo le faltará al sol, así sea el más dorado y el más sutil?; dónde está la perla con que puede la uno sorprender los abismos del mar?; qué vibración desconocida no dormirá en las cuerdas del fino clavicordio de tu alma?

No se pueda desear ventura ninguna para el que tiene cifra y compendio de todas: la de haberse recostado en íntima confianza, como Juan a escuchar el Apocalipsis, en el seno anchuroso de Jesucristo.

Pero, si sucede que tú mismo le ofrezcas a la ajena desolación un diamante enorme para que, a su vez, te lo ofrezca engarzado en el oro amoroso de un grito de admiración; hélo aquí: no se sabe de cristal ninguno que con su fuerza de aplicación acerque tanto un astro a los ojos, como el alma tuya, a nuestra infinita pequeñez, las ardientes delicias del Edén.

Salve, otra vez, oh fugaz emperador de JESUCRISTO.

SAMUEL VELÁSQUEZ

Santo pastor: de tu alma en la blancura no hay una sombra; tu mejor anhelo es dar como Jesús, algún consuelo a la oveja perdida en la espesura.

Si la humilde bondad te transfigura es porque sigues inmortal modelo y vas derecho a conquistar el cielo así, con esa pobre vestidura.

Padre! quien fuera como tú, que tienes claro nimbo de paz sobre las sienes y muerto el corazón para el pecado;

que con simple sonrisa compasiva miras danzar la humanidad esquivada desde un rincón amable del pasado.

RICARDO V. PINZÓN

Bien alabado sea tu místico rebaño apóstol que has cuidado con manos cariñosas en tu carmen divino las espléndidas rosas que perfuman tu templo con un aroma extraño.

Que el Señor sea contigo en este nuevo año y que en tu jardín riegue gracias maravillosas en tanto soliloquian las campanas piadosas para alegrar tu dulce corazón de ermitaño.

Que tu lámpara esplenda en este claro día ya que tú en el nombre de la Virgen María las malévolas plantas arrancas de raíz.

Que te arrullen palomas celestes y que todas las canciones seráficas escuchen en tus bodas de oro, que bendice San Francisco de Asís.

GUSTAVO DEL CASTILLO

Bosquejo

PERTÁNSIT BENE FACIENDO

De la penumbra sales de un siglo ya pasado,
desde un oscuro y santo rincón de la ciudad;
entre tu burdo manto de apóstol has guardado
intactos la Esperanza, la Fe, la Caridad.

A cuántos corazones triste has consolado!
Muchas almas soberbias dominó tu humildad!
Y de la vida llegas a puerto sosegado
salvando del naufragio con tigo la bondad.

No pasiones febriles ni mercantivos móviles,
ni el resoplar furioso de nuestros automóviles,
turban tu faz serena, tu calma conventual.

Mas al llegar el día de tus bodas de oro
oirás muy dulces notas del órgano sonoro
y cenirá tus sienes un nimbo celestial.

GUILLERMO POSADA

Reflexiones

La virtud es una como fuerza moviente que cual la naturaleza no da saltos sino que, paso a paso, lleva al hombre a las esferas superiores del bien, le da bienestar y le capta la estimación de sus semejantes. Esto como si dijéramos que el cumplimiento del deber sobre la base de las leyes naturales y a la voz de la verdad y la justicia conforme al criterio cultivado de cada hombre, forma la aureola inmortal que conquista la admiración de la humanidad y hace que corone a quienes guiados por la sensatez, que vale más que el talento y la erudición, siguen por la senda del bien o complemento de la perfección, viendo en todos sus semejantes seres dignos de amor.

Tales condiciones se reúnen, proporcionalmente a sus energías y facultades en la persona del señor Almansa. cuyas bodas de oro celebra ahora la ciudad de Bogotá. Y nosotros, en particular, le rendimos también nuestro débil tributo inspirados por la idea de que la virtud, o sea la integridad de ánimo y bondad de vida bajo la costumbre de obrar según la ley moral, merecen homenaje reconocimiento.

SIMON CHAUX

Querido padre:

Suplora yo escribir en verso toda la poesía que me es dado gozar, en esta ocasión de vuestras áureas bodas haría un pequeño mas también dorado poema. Lo merece así vuestra persona humilde, que en mi ciudad religiosa y antigua se ha captado mil prendas de cariño.

Saludo en vos al modesto discípulo de un santo que fue gran poeta e intérprete cual ningún otro del corazón de Cristo. Admiro en vos una vislumbre que del alma franciscana sobrevive por fortuna y para ejemplo de este siglo y en este caviloso rincón del mundo. Vuestra figura ofrece alguna remembranza del que instituyó en su religión la alegría espiritual como una obligación de igual altura que la castidad, la pobreza y el amor a todas las criaturas. Aquella religiosa alegría fue la fuerza mágica de su apostolado: este amor fue la encantadora luz de su genio.

Alabo el candor de vuestra alma, la noble sencillez de vuestro continente, la vieja traza de vuestro manto, la son-

risa de vuestros ojos, el gesto de amabilidad y bendición que os distingue, la palabra bondadosa y la fraternal actitud con que a todos tratáis. Del santo vienen como venir de una fuente lejana y purísima. Del santo proceden que nunca tuvo un pensamiento amargo, que ignoró la tristeza, y que disfrutó en su fe una legítima felicidad porque era fe amorosa.

Es la posesión misma de vuestras humildes y raras virtudes el premio que habéis ganado cultivándolas. Yo, pecador, os envidio con la más admiradora envidia, queriendo Padre.

Como todo Bogotá, espero que viváis muchos años para favor nuestro. Pido como pide mi ciudad, que el franciscano de inocente sonrisa y cabello de plata sea siempre el guardador de una bella iglesia donde se refugia, creo yo, el recuerdo más aromático de la Colonia. Y deseo para vuestro último día que sobre la espadaña de San Diego, tocada por ocidua luz, venga a cantar alguna de las alondras que al morir vuestro patrono cantaron sobre Santa María de los Angeles.

ALBERTO SÁNCHEZ

El guardián

Conspicuo, humilde, el ademán incierto,
suspendido en estáticas visiones,
custodia, el parroquial concierto,
con la flotante túnica en girones.

Y es como un sacro autómatas, despierto
al viento de seráficas regiones,
que desgarrado protegiere un huerto
y cuyos gestos fuesen bendiciones.

Y así envejece en su cercado andino,
sin soñar gloria ni fruición más suaves
que ser, por ley del Labrador Divino,

la armazón tosca de tendidas palmas
clavada allí para ahuyentar las aves
dañinas, del sembrado de las almas.

ANGEL MARÍA CÉSPEDES

En el nombre del Padre... Almansa,
el hijo fiel de Bogotá
aspira el Espíritu Santo
un suave olor de santidad.

El viajó por almas, por mares,
por tierras de horror... y su amor
dulcificó penas y crímenes
con la caricia del perdón.

Hay que amar su paz y su vida;
amemos con El y por El...
Contraste único de los hábitos
de otros santos de Santa Fe.

Jesús es su padre, su hermano,
y esplende luz desde su cruz
al que bendicen los humildes
desde la cruz al ataúd.

Y no morirá aunque se muera,
pues la cruz, la espiga y la vid
le alzarán un salmo de vida
a nuestro Francisco de Asís.

CLÍMACO SOTO BORDA